



Montserrat Roig



EN la plenitud del otoño de hace diez años, visitaba Murcia la escritora catalana Montserrat Roig. Quien esta entrevista firma tuvo el encargo de presentarla ante el público que llenaba el salón de actos de la Casa de la Cultura. Después, costumbre obligada, presentador, conferenciante y allegados fatigaron el murciano mapa de la nocturna velada, propicia a la charla y al acercamiento. A lo pocos días pergeñé lo más general de cuanto se hablara bajo las otoñales y murcianas estrellas, en el par de folios que siguen. Destinados, en principio, a ser publicados en el Suplemento Literario de la Verdad, acabaron en el cajón de los manuscritos frustrados por causa del final de la citada publicación, que murió dignísimamente, cumplido su ciclo.

Y es ahora, en 1991, a unos pocos días del lamentable óbito, cuando su voz, escrita y corregida por ella misma, vuelve a salir

del cajón... Leí en público, comentando las correcciones manuscritas de la misma autora, estos párrafos en forma de preguntas y respuestas, en el salón cultural de los Molinos del Río, a petición de la Concejala de Cultura del Ayuntamiento de Murcia, Amparo Marzal, el 22 de noviembre de ese mismo año. Los publico ahora, en este Monteagudo n.º 10, a feliz sugerencia de mi maestro y amigo F. J. Díez de Revenga, espectador de lujo en el acto.

Como recuerdo entrañable, más que como homenaje, a la escritora, a la mujer y a su obra, entienda todo aquel que la entrevista lea, su inclusión en estas páginas, antes que como un esfuerzo por «poner al día» nuestra publicación, o como un prurito funerario sin latido alguno.

Montserrat, adiós.

Noviembre, 1991

Santiago Delgado

Cuando se alcance el mundo ideal, a nadie se le ocurrirá distinguir la literatura por el sexo de su autor. Montserrat Roig describe así su pensamiento sobre la pregunta con que se encuentra allá donde va: «¿Es usted feminista?». Esta catalana que sabe todas las respuestas, que tiene una formación humanística envidiable, citando a Stendhal, a Tolstoy, a Clarín...; y que reconoce magisterio literario de Merce Rodoreda, tiene el acierto de no haberse subido nunca a ningún pedestal, razón por la cual no se ha visto obligada a descender de tan anacrónico adminículo arquitectónico. Sencillez, naturalidad son palabras que no quedan lejos de la fresca espontaneidad de Montserrat. Quienes estuvimos con ella hasta las cuatro de la madrugada bajo el cielo estrellado del primer noviembre, rodeados de ópera y florecencias barrocas, hablando de costumbres populares, o escuchando de sus labios el argumento de la Norma de Bellini, sabemos que es rara flor su agradabilísima personalidad; algo de ello debe traslucir de sus novelas cuando en esta geográficamente apartada ciudad del sureste acudieron no menos de 500 personas a escuchar su voz viva.

—¿Lo femenino en literatura, Montserrat?

—Es algo injustamente adscrito a las escritoras. Yo he leído en Tolstoy páginas repletas de esa delicadeza que se nos quiere presentar por exclusiva de mi sexo. Yo he aprendido el gusto por lo pequeño leyendo a Proust; y es éste un gusto también típicamente atribuido a la literatura femenina.

—¿Pero, no incidís en una temática centripéticamente basada en la relación hombre-mujer?

—Es que el tema del desamor es uno de los grandes temas de la humanidad. Junto a la muerte, el paso del tiempo, o la pérdida de la juventud, el desamor es una experiencia fundamental; es corriente que tras ella sobrevenga la madurez, la aparición del adulto. Es un fallo de la llamada literatura masculina haber postergado dicho tema. Faltaba ese gran tema en la gran literatura.

—¿Qué quisiste decir en Tiempo de cerezas, la novela que, quizá, más te consagró?

—Es, en cierto modo, un anticipo del des-

encanto, el tiempo de las cerezas es ése que preludia un futuro prometedor de las más grandes cosas, pero que luego pasa sin cumplir, dejando en eterna promesa la plenitud anunciada, dejando ese sabor amargo que ahora llamamos desencanto.

—¿Y en la hora violeta?

—Aquí pretendí encontrar mi propia voz. Luché por deshacerme de la influencia de Merce Rodoreda, la Merce Rodoreda de «La plaça del Diamant». La escribí frente al Cadí, una sierra del Pirineo que tiene la propiedad de adquirir todos los colores a lo largo del día, desde el más maravilloso dorado hasta el hermoso violáceo que me sugirió el título. En su desarrollo, a través de los personajes que siempre me acompañan, asistimos a la lucha entre el amor a la idea abstracta, o principio ideológico, y el amor a las personas. Es un dilema de amor, que obliga a todo el mundo; quizá la mujer aprecie más el concreto amor a las personas, y al descubrir, o más bien, acceder últimamente al mundo de las ideas, que se ha creído gratuitamente como propio de los hombres, trate de conciliar ambos amores, el dirigido a las personas y el dirigido a las ideas, de una manera más problemática, más rica novelescamente.

—¿Qué es Carnets de mujer?

—Una recopilación de relatos escritos por mujeres. Responde más bien a una idea editorial, que a una necesidad de expresión conjunta por parte de quienes somos sus autoras, novelistas de diversas nacionalidades. Fue curioso para mí darme cuenta, en la Feria del Libro de Frankfurt, donde se presentó, de la diferencia que existía entre la autora norteamericana y el resto de las europeas que componíamos el conjunto.

Mi aportación, «Mar», es un relato sobre la amistad profunda de dos seres humanos; seres humanos que en un plano menos profundo de la realidad narrativa a la que pertenecen, resultan ser dos mujeres.

—Dejando la literatura y hablando de la vida, ¿crees en el entendimiento hombre-mujer?

—Totalmente. Me niego a seguir al fe-

minismo extremista que no admite, por ejemplo, la más hermosa realidad de la vida sexual, la cual es para mí la plenitud más verdadera y alcanzable. Otra cosa es no luchar contra la gresión permanente del machismo, convertida en rutina. Antes al contrario, hay que luchar y dejar constancia de la lucha, por la liberación de tantas y tantas mujeres ignorantes de la opresión que padecen.

—**¿Cómo ve una escritora catalana que crea su obra en catalán, la situación de su propia lengua?**

—Muy mal. Los jóvenes de Barcelona hablan cheli catalanizado. Los jóvenes de hoy no entenderían la lengua que hablaba mi abuela.

Ni los jóvenes que han mamado de pequeños el catalán saben qué cosa son lingüísticamente hablando. El manifiesto de los 2.300, firmado por ese número de intelectuales en contra de la política lingüística de la Generalitat, me parece que se puede comparar a alguien que se queja de que le duele un pie cuando está pasando un entie-

rro. El catalán pierde personalidad lingüística a pasos agigantados.

Pensamos que mientras siga dando frutos como los de Monserrat, esta lengua mediterránea y clásica que es el catalán gozará de buena salud, para bien de todos; de todos los que somos, de una manera algo más que metafórica, personajes de las novelas de Montserrat Roig, habitantes de las ciudades de esta España de la transición que pueden llamarse Barcelona, Madrid, o Murcia.

—**¿Qué experiencia tienes de tu etapa de periodista?**

—Pues gracias a ella pude conocer y tratar a clásicos vivos de la literatura catalana; entrevisté, por ejemplo, a Josep Pla, de quien recuerdo su entrañable conciencia de payés nunca traicionada. Fue una injusticia notoria no concederle el premio de honor de las letras catalanas. Mi trabajo más reseñable de aquella época fue lo que hice sobre los catalanes en los campos de concentración nazis; me dio ocasión de conocer a tipos formidables, de esos que nunca olvidas.

Algo debió aprender de ellos esta catalana de hoy que tanto resuena en la parte castellano-hablante de la península. Cuando le escuchamos contar lo cerca que se sintió de su compañera italiana de libro en Carnets de viaje; cuando le oímos decir cómo Salvador Espriú corregía su catalán, de niña; cuando miramos su rostro alegre contándonos las lágrimas de su abuela al asistir a su boda; cuando nos habla del peligro en que se ve a su lengua: «Los gallegos, los murcianos que llegan hoy, corren el peligro de no escuchar nunca catalán; pues los encierran en ghettos». Cuando, en fin, discutimos con ella sobre la posible consideración de arte de élite respecto de la ópera, no podemos dejar de pensar que estamos ante un personaje de aquéllos que la cursilería democratiquera del Selecciones de Reader's Digest bautizó como inolvidables; esta vez de verdad.

Noviembre, 1981